

843  
L

PQ2325  
G4  
S6



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PUBLICACION DE LA SOCIEDAD LITERARIA

ES PROPIEDAD DE AYUALS DE IZCO HERMANOS.

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESA DE AYUALS DE IZCO HERMANOS, CALLE DE TOLUCA, N.º 47.

40306

# GENOVEVA

## HISTORIA DE UNA CRIADA

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR D. BLAS MARIA ARAQUE.

### PREFACIO.

Antes de empezar, con la historia de Genoveva, una serie de descripciones y de diálogos a propósito para el pueblo, para los habitantes de las ciudades y de los campos, he creído que debía decir cuál ha sido el espíritu que me los ha dictado, en qué ocasión los he escrito, y por qué causa dedico esta historia a madama Reine-Garde, costurera y sirviente en Aix, en Provenza.

II.

III.

Con objeto de pasar parte del verano de 1846, habia ido yo á Marsella, verdadera Smirna de la Francia, y ciudad digna, por su actividad comercial, de servir de principal escala á la navegacion mercantil, y de punto de reunion á esas caravanas de fuego que nosotros llamamos trenes de los ferro-carriles: ciudad tambien, que, como la Smirna del Asia, merece honrarse con los recuerdos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 2625 MONTERREY, MEXICO



de los grandes poetas, aun cuando no sea por otra cosa que por su gusto ático hácia todos los ramos del arte. Me habia establecido fuera de la poblacion, demasiado bulliciosa para un enfermo, en una de esas quintas que parecen salidas de la tierra sobre toda la circunferencia de su suelo, para ofrecer, con el descanso del domingo, la vista de sus velas y las brisas de su mar, á aquella poblacion codiciosa de placeres naturales, la poesía á que debe su hermoso clima.

La casita donde yo habitaba tenia un jardín, cuya puerta encontrábase sobre la playa arenosa del mar, al extremo de una larga calle de plátanos, al otro lado de la montaña de la Virgen de la Guardia, y muy cerca del riachuelo, cubierto de lentiscos, que circuye al hermoso parque y á la villa toscana ó genovesa de la familia Borelli. Desde mis ventanas se percibian los menores movimientos de las olas sobre los bordes de su lecho, y sobre su almohada de arena, y siempre que se abria la puerta del jardín, veíanse avanzar las franjas de espuma casi hasta la pared, y retirarse inmediatamente como para atraer y abrasar en un fuego eterno la mano que hubiese querido bañarse en la onda. Dejaba yo correr horas y horas, sentado sobre una enorme piedra á la sombra de una higuera, y contiguo á aquella puerta, contemplando esa luz y ese movimiento que se denomina el mar. De rato en rato, una vela de pescador, ó el humo que salia de la chimenea de un vapor, doblado en forma de penacho, se deslizaba sobre la cuerda del arco que formaba el golfo, interrumpiendo la monotonía del horizonte.

II.

III.

La playa estaba casi desierta los dias de trabajo; pero los festivos tomaba nueva animacion con grupos de marinos, de ricos y ociosos vagamundos, y de familias de negociantes de la ciudad, que iban á bañarse ó á sentarse á la sombra de la costa y contiguo á las olas. La algazara de hombres, mujeres y niños, felices con el sol

y el descanso, se mezclaba al rumor de las aguas ligeras y delgadas, á la manera de hojas de acero pulido sobre la arena. Entre tanto, doblaban la punta del cabo de la Virgen de la Guardia, sombreado por pinos marítimos, multitud de barquichuelos. Cruzaban de parte á parte el golfo, tocando casi con la tierra, para ir á abordar la orilla opuesta. Se percibian distintamente las ondulaciones de la vela, la cadencia de los ocho remos, las conversaciones, los cantos, las risas de las bellas ramilleteras, ó de las vendedoras de naranjas de Marsella, hijas de Foceo, enamoradas de los golfos, y que se complacen en jugar con las espumas de su elemento nativo.

IV.

Como no fuese la familia patriarcal de los Rostand, esos grandes armadores que unen Smirna, Atenas, la Siria, y el Egipto á la Francia con sus empresas, y á los que yo era deudor de todos los goces de mi primer viaje á Oriente; si se exceptúa Mr. Miége, agente general de toda la diplomacia marítima francesa en el Mediterráneo; fuera de José Autran, poeta oriental, que prefiriendo su país á la gloria, no quiere salir de su horizonte, conocia yo á pocas personas en Marsella. Tampoco queria conocer mas, pues buscaba el aislamiento para descanso, y el descanso para el estudio; me habia puesto á escribir la historia de una revolucion, sin sospechar que otra revolucion miraba ya por encima de mi hombro, para arrancarme las páginas apenas terminadas, y ponerme otro drama de la Francia, no bajo la pluma, sino en la mano.

V.

Sin embargo, Marsella es hospitalaria como su mar, su puerto y su clima. Los corazones se abren y se ensanchan al frente de una naturaleza bella y encantadora. Allí donde el cielo sonríe, el hombre experimenta el deseo de sonreír de la misma manera. No bien me instalé en aquel arrabal, de que he hecho mencion antes, los



literatos, los políticos, los negociantes avanzados en sus cálculos, los jóvenes que conservaban en sus oídos cierto eco de mis antiguas poesías, los mismos artesanos, muchos de los cuales leen, escriben, estudian, cantan, hacen versos, y trabajan al mismo tiempo con sus manos, acudieron á mi retiro, si bien con esa reserva delicada que es el pudor y la gracia de la hospitalidad. De donde se sigue, que yo recibía los beneficios sin experimentar las molestias de aquel recibimiento y de aquellas amistades; y así mis madrugadas eran para el estudio, mis días para la soledad y para la mar; mis tardes, en fin, para un corto número de amigos desconocidos, que venían desde la ciudad á hablar los unos con los otros, de viajes, de literatura ó de comercio.

**VI.** Como no fuese la familia por el estado, esos eran los grandes que me rodeaban. Marsella no reduce las cuestiones de comercio á cuestiones de pequeño tráfico, de ahorros mezquinos y de conservación de capital: Marsella las considera en grande, como un ensanche, como una expansion que recibe el trabajo frances, y que se da á las primeras materias de este mismo trabajo importadas y esportadas de Europa á Asia. El comercio es para los marseleses una diplomacia lucrativa, local y nacional al mismo tiempo. Son patrióticas sus empresas, honran el pabellon nacional, proceden con política en sus cargamentos. El comercio de los marseleses es una batalla continua que están dando á su cuenta y riesgo sobre las olas, para quitar el Africa y el Asia á los rivales de la Francia, y estender la patria y el nombre frances sobre los dos continentes opuestos del Mediterráneo.

**VII.** Aquellas discusiones sobre el comercio, que mantenian continuamente los marseleses, recibieron nuevo calor con la llegada de un sugeto á quien de ningun modo esperaban. Cierta gran econo-

mista, cuyo nombre acababa de surgir en Francia, y que prometia entonces lo que ahora cumple, es decir, inteligencia, valor y constancia, Mr. Federico Bastiat, se hallaba á la sazón en Marsella. Habiase decidido á venir, para tratar en reuniones públicas la cuestion del libre cambio, revolucion comercial, insurreccion pacífica del interes general contra los monopolios parciales, libertad de los diez dedos de la mano contra la libertad del trabajo. Mr. Bastiat, cuyo nombre y escritos yo conocia, vino á visitarme y me invitó á concurrir á las antedichas reuniones. No habia cuestion alguna de las que aquí se iban á tratar, que no conociese yo de antemano, estando conforme con las opiniones de los marseleses en una gran parte, y difiriendo únicamente sobre la aplicacion mas ó menos revolucionaria de sus teorías. A mí me parecia que debian ser lentas, graduales y trasformadoras, para dar tambien tiempo al trabajo protegido de trasformarse sin perecer. Concurri á sesiones magnificas, en que Mr. Bastiat, Mr. Reyband, los diputados, los académicos, los grandes comerciantes de Marsella rivalizaron en conocimientos y en dotes oratorias. Instóseme á que hiciera uso de la palabra. Ya se vé, me trataban como á huésped del pais: Marsella me dió carta de ciudadanía con su acogida. Para mí, se convirtió aquella hermosa ciudad en una patria de agradecimiento, del mismo modo que habia sido antes una patria de mis ojos. Luego que se terminaron estas sesiones, volví á mi soledad y á mi trabajo.

### VIII.

Sucedió que un domingo, al regresar de un largo paseo que dimos madama de Lamartine y yo, nos digeron que una mujer de humilde y tímido exterior habia llegado á Marsella por la diligencia de Aix, y nos estaba esperando en un pequeño invernadero de naranjos, que formaba la continuacion del salon de la quinta sobre el jardin, hacia cuatro ó cinco horas.

Acompañé á madama Lamartine hasta dejarla en casa, y me di-



rigi inmediatamente á los naranjos para recibir á aquella pobre forastera. Como no tenia relaciones en Aix, no podia adivinar la causa por la cual nos habia estado esperando la viajera con tanta paciencia, durante medio dia.

Luego que entré en el invernadero, vi una mujer, jóven aun, como de unos treinta y seis á cuarenta años. Iba vestida segun uso de las jornaleras pobres, ó con poco lujo; llevaba un traje de indiana, rayado, desteñido y usado, y una pañoleta de algodón blanco al cuello. Sus cabellos negros estaban aseadamente peinados, aunque con algun polvo, lo mismo que los zapatos. Tenia facciones graciosas y bellas, de esa configuracion asiática, blanda y suave, que excluye toda tirantez de los músculos de la cara, que solamente manifiesta candor y no inspira mas que atractivo; sus grandes ojos eran de un azul oscuro, la boca algo hundida á sus dos lados por la languidez; su frente tersa como la de un niño, sin un solo pliegue, las mejillas abultadas hácia la barba, y uniéndose por ondulaciones enteramente femeninas á un cuello largo y un poco grueso por el centro, como el de las estátuas griegas; tenia mirada de rayo de luna, reflejado en una onda, mas bien que del sol de su pais, y una espresion de timidez mezclada de confianza en la indulgencia de los demas, producto del abandono de su propia naturaleza; su todo formaba la imágen de la bondad que la lleva en su actitud como en su corazón, y que espera hallarla en todos los corazones.

No cabia la menor duda de que aquella mujer, agradable todavía, debió ser muy seductora en su juventud. Conservaba, sin embargo, ese prestigio, ese rayo, esa estrella, ese iman, ese no sé cómo llamarle, que atrae, que encanta y que sujeta. La misma timidez y cortedad con que se presentó delante de mí, me permitieron que la contemplase á mi satisfaccion. Entonces la rogué que se sentara sobre uno de los tiestos de los naranjos, cubierto con estera de Egipto, lo que me apresuré á hacer yo en otro de enfrente, para que me imitase sin reparo. Ella se ponía cada vez mas colorada, hablaba con voz balbuciente y pasaba su hermosa

mano por los ojos. De fijo no sabia cómo colocarse ni por dónde empezar. Entonces hice por tranquilizarla y ayudarla con algunas preguntas, para dejarla espedito el camino de la conversacion, que parecia temer y desear al mismo tiempo.

## IX.

—Señora...—la dije.

Y su rostro se puso mas encendido.

—No estoy casada—me contestó—soy soltera.

—Dispensad, señorita ¿quereis decirme qué os trae desde tan lejos, y por qué causa habeis esperado tanto tiempo nuestra vuelta para hablarnos? ¿Puedo serviros en alguna cosa? ¿Me traeis alguna carta de parte de alguno de vuestro pais?

—¡Oh! no señor, no tengo nada que pedir, y jamas me hubiera atrevido á buscar una carta de los señores de mi pais para vos, ni hacer siquiera de modo que conociesen que venia á Marsella para veros. Me habrian tomado por una presumida que queria darse una importancia que no tiene, yendo á acercarse á los hombres que meten ruido. ¡Oh! no es eso.

—Pues entonces ¿qué quereis decirme?

—Nada, señor.

—¿Cómo nada? Por nada no hubiérais perdido dos dias para venir de Aix á Marsella, ni me hubiérais esperado aquí hasta el anochecer, ni dariais lugar á tener que volveros mañana al punto de donde venis.

—Pues, sin embargo, así es; yo debo pareceros muy simple. Pero sea lo que vos querais; nada tengo que decir; y por cuanto hay en el mundo no quisiera que se supiese en Aix que he venido aquí.

—Pero últimamente, algo os ha movido á venir á este sitio; vos no sois como esas olas que tenemos á la vista, que van y vienen sin saber por qué. Existe una idea en vuestro cerebro; denotais espiritualismo y sensibilidad; vamos, decid ¿qué os propusís-



teis al tomar un asiento en la diligencia de Aix y haceros conducir hasta mi puerta?

—Pues bien, señor—me dijo pasándose las manos por la cara, como si tratase de quitar de ella la vergüenza y timidez, al propio tiempo que hacia por sujetar sus hermosos bucles de cabellos negros detras del cuello:—es verdad, yo traía una idea que no me dejaba dormir hacia ocho dias. Me he dicho á mí misma: «¡Reine! debes hacer tu gusto; no se lo dirás á nadie; cerrarás tu tienda el sábado, antes de la hora acostumbrada, tomarás la diligencia de noche, pasarás el domingo en Marsella, irás á ver á ese señor, regresarás á Aix el domingo por la tarde, el lunes por la mañana estarás ya en tu faena, y como si tal cosa no hubiera pasado; habrás hecho tu propia voluntad una vez en la vida, y los vecinos no sospecharán siquiera que has salido de la calle.

## X.

—Y bien; ¿qué razon teniais para desear con tanto afan verme, y quién os habia dicho que yo estuviese aquí?

—Es que hay un señor en Aix, muy bueno para mí, de cuyas hijas soy ahora costurera, y antes estuve sirviendo en la casa de campo de su madre. Esta familia me ha querido y considerado siempre mucho, pues en Provenza los nobles y la gente del pueblo no se desprecian, antes al contrario, ni que estén mas altos ni mas bajos, todos tienen igualmente buen corazon. Aquel señor y sus señoritas, que saben cuán aficionada soy á leer, y les constan mis pocos recursos para procurarme libros y periódicos, me prestan algunas veces los suyos, sobre todo, cuando traen algo que les parece me puede interesar, como figurines, modelos de sombreros de mujer, novelas interesantes ó versos, como los de Reboul, el panadero de Nimes, ó de Jazmin, el sombrerero de Agen, ó vuestros, señor; sobre todo versos, en cuya lectura tengo el mayor placer, versos que suenan bien al oido ó hacen llorar á los ojos!

—Ahora ya lo comprendo todo—la dije sonriéndome;—sois poeta, como las brisas que cantan en vuestros olivos, ó como rocíos que lloran en vuestras higueras.

—No señor, soy costurera; una infeliz costurera de la calle en Aix, y no me causa vergüenza el decíroslo; no me hago mas señora de lo que me hizo mi madre; empecé por ser criada y niñera durante diez y ocho años en casa de Mr. de... Oh, qué buenas gentes! Preguntadles, me tratan siempre como de la familia, y yo á ellos lo mismo. El mal estado de mi salud únicamente fué lo que me obligó á salir de su casa y tomar el oficio de costurera, teniendo que vivir sola y sin otra compañía que mi jilguero. Mas ahora recuerdo que no es esto de lo que se trata. Me habeis preguntado por qué y cómo he venido hasta aquí, y quién me habia dicho que os hallábais en Marsella. Vais á oirlo, señor.

## XI.

En el periódico de Marsella leí hace ocho dias unos versos excelentes de Mr. José Autran, dirigidos á Mr. de Lamartine. Estos versos escitaron en mí el deseo de ver la persona que habia inspirado tan bellas ideas al poeta de nuestra provincia. Me informé de que os hallábais actualmente en Marsella, y desde este momento estuve inquieta y desasosegada y procurando satisfacer mi deseo. Y fué tal mi decision, al emprender el viaje, que no he pensado siquiera en que carecia de un vestido nuevo, de una gorra decente, de todo cuanto se necesita para presentarse en casa de personas de condicion elevada, sucediéndome ahora que ya estoy aquí, que no sé lo que he de deciros, y me quedo delante de vos como una aventurera que viniese para engañar á gentes honradas. Sin embargo, podeis estar seguro de que yo no lo soy, y en prueba de ello, ahora que ya os he visto, y que me habeis recibido con tanta finura y amabilidad, me retiro contenta, sin querer de vos mas que lo que ya me habeis dado.

—¡Oh! tranquilizaos señorita, ni un solo momento he pensa-



do de vos lo que no sois; llevais la mejor recomendacion en vuestro rostro. Los oídos se engañan algunas veces, es verdad; pero los ojos no se equivocan nunca. La máscara de una intrigante no puede encubrir tanta bondad y candor como se manifiesta en vuestro semblante. La naturaleza no engaña tanto, con respecto á las facciones. Por lo mismo no os dejaré ir así, antes de haber hablado mas amistosamente con vos, y aun sin haberos hecho sentar un momento á mi mesa de campo. Mi esposa, que se está vistiendo para comer, tendrá tanto gusto como yo en recibirlos y en que estéis en su compañía. Podeis quedaros esta tarde con nosotros, y, entre tanto llega la hora de comer, os agradaceré que me contéis cómo se originó en vos esa afición á la lectura, ese sentimiento de la poesía, y ese deseo de conocer á los hombres, cuyas obras habíais leído.

—Voy á hacerlo, señor; mas será breve. Mi vida se explica con dos palabras; trabajar y sentir.

## XII.

Reine-Garde es mi nombre; mi nacimiento tuvo lugar en una aldea de las cercanías de Aix, en Provenza. Desde muy joven entré á servir en casa de la señora <sup>\*\*\*</sup>, que tenia señoritas de corta edad. Estuve de niñera en la casa de campo; crecí con las niñas y las vi crecer. El comportamiento de estas para conmigo, era mas bien el de unas hermanas que el de unas señoritas, lo que daba lugar á que los padres me considerasen casi como á una de sus hijas. No me quise casar nunca, por no tenerme que separar de esta familia. La educacion que se les daba á las señoritas, la recibia yo tambien, pues me aprovechaba de sus lecciones. Leia en los libros que les servian á ellas, en una palabra, me sucedia lo que á la pared que lo oye todo y no dice nada. Los resultados fueron, que yo aprendí por mi sola á leer y escribir, á contar, coser, bordar, lavar, cortar vestidos, en fin, todo lo que se enseña á una niña á favor de una costosísima educacion. Yo cortaba los vestidos á mis seño-

ritas, yo les hacia en Aix los adornos de cabeza para los saraós, ó los bailes, y todo esto de modo, que ellas no encontraban nada bien hecho sino lo que les hacia yo; así que, en recompensa, cuando iban muy hermosas y bien adornadas al baile, y yo tenia que esperarlas hasta las dos ó tres de la madrugada (como sucedia á menudo), para desnudarlas al volver, me decian:—Toma, Reine, uno de nuestros libros, que te entretendrá mientras nosotras bailamos.—Yo le cogia, me colocaba al lado de la chimenea, y durante toda la noche me entretenia en leerle hasta que se concluía, en cuyo caso volvía á empezarle para comprenderle bien todo; pero si por efecto de mi ignorancia ó de mi estado, me quedaba sin comprender algo, les suplicaba á mis señoritas que me lo esplicasen, en lo cual tenian ellas una grande satisfaccion. De esta suerte fué como leí la historia de la pobre Laurence, en vuestro poema Jocelyn. ¡Cuántas lágrimas me hizo verter, una noche que las señoritas le dejaron abierto sobre la mesa! Entonces me dije á mi misma: quisiera conocer á su autor.

—Adelante; ¿cómo salisteis de aquella buena casa, y qué hacéis ahora?

## XIII.

Reine continuó:—Después del casamiento de las señoritas y de la muerte de su madre me quedé sin colocacion. Desde aquel momento ya no quise volver á servir, pues habiendo estado tan bien en aquella casa, me parecia imposible encontrar otras tan de mi gusto; yo no podia querer de igual modo á ninguna otra familia. El amo me concedió una pensoncita de cincuenta escudos en memoria de su mujer; las señoritas me dijeron:—Pierde cuidado que no te dejaremos pedir limosna.—Yo no me apuraba, y ademas tenia buenos conocimientos y, hasta puedo decir, personas que me querian, en todas las casas principales de Aix; por lo tanto alquilé una habitacion, con una tiendecita debajo, en una calle retirada, y donde los cuartos no es-